

## El caso Ariel Toaff. Vuelven los libelos de sangre\*

David Abulafia

David Abulafia es profesor de historia del Mediterráneo en la Universidad de Cambridge. Artículo publicado en The Times, 28 febrero 2007

\* A propósito del libro de Ariel Toaff, *Pasque di sangue. Ebrei d'Europa e omicidi rituali*, Bolonia, Il Mulino, 2007.

Nada pudo ser más alarmante para los judíos de la ciudad de Trento, en el norte de Italia, que el descubrimiento en el Domingo Santo de 1475 del cuerpo de un niño perdido en un arroyo que corría por debajo de una de sus casas. Denunciaron el hallazgo a las autoridades pero no se hicieron ilusiones sobre sus violentas consecuencias. Desde el reinado del emperador Federico II en el siglo XIII, circulaban rumores en las tierras de habla alemana sobre el asesinato de niños cristianos a manos de los judíos, para la obtención de sangre que supuestamente se utilizaba en extraños rituales. Federico fue convencido por el contrargumento de que el consumo de sangre estaba estrictamente prohibido por la ley mosaica. Sin embargo, las acusaciones recurrentes continuaron. Ocurrían en grandes oleadas en momentos de tensión social y tenían como resultado la masacre de judíos.

El hallazgo de Trento añadió leña a las escabrosas denuncias contra los judíos por parte de frailes que viajaban por el norte de Italia en aquellos tiempos. También se acusaba a los judíos de deshonorar las hostias consagradas, incluso apuñalándolas hasta que manaba la sangre de Cristo. En Trento, se ejecutó a los varones judíos de la ciudad, mientras que las mujeres se convirtieron al cristianismo. La comunidad se extinguió, pero no su recuerdo en las mentes de los cristianos. La tumba del niño muerto, Simón, se convirtió en un foco de devoción, y toda una oleada de relatos sobre su asesinato ritual se extendió a lo largo y ancho de Europa. Las autoridades reaccionaron a estas historias de formas diferentes: el emperador Habsburgo del Sacro Imperio Romano defendió a los judíos, mientras el papa desconfiaba de los testimonios hechos bajo tortura.

La historia de Simón de Trento ha generado de nuevo una violenta controversia en Italia. El historiador israelí Ariel Toaff argumenta en *Pasque di sangue* que la historia de Simón y, *pari passu*, otras historias sobre asesinatos rituales en torno al momento de la Pascua judía reflejan prácticas de lo que denomina un grupo extremo, «fundamentalista», dentro del judaísmo alemán medieval.

El título sensacionalista de su libro, «Pascua de sangre», no está pensado precisamente para tranquilizar a los que rechazan estas historias como fantasías, calumnias o malentendidos trágicos. Para el profesor Toaff, los judíos de Trento eran representativos de un judaísmo nuevo y extraño, que estaba echando raíces en el norte de Italia. La demanda de crédito estaba llevando a las ciudades y los señores a autorizar asentamientos judíos limitados. Una de sus consecuencias fue la llegada de judíos alemanes del norte de los Alpes, y es en estos asquenazíes («alemanes») en los que se centra Toaff, apuntando a que las acusaciones de asesinatos rituales estaban asociadas con los judíos asquenazíes y no con los sefardíes de la península Ibérica, ni con las comunidades italianas, una afirmación que ignora las vigorosas acusaciones que se producían en la Italia de finales del siglo XIII. Pero para

Toaff, los asquenazíes eran forasteros en un sentido en el que los judíos nativos italianos no podían serlo, porque estos últimos estaban mucho más integrados en la economía, la sociedad y la cultura locales. Si los asquenazíes intentaban hablar italiano, «resultaba difícil entenderlos por el acento fuertemente alemán de su pronunciación y las muchas locuciones en alemán y en yidish que salpicaban su habla». Su pronunciación «radicalmente diferente» de la lengua litúrgica, el hebreo, hacía «prácticamente imposible que rezaran juntos» con los judíos italianos. De hecho, la imagen profundamente negativa de Toaff sobre los judíos asquenazíes que vivían en un mundo casi cerrado, queda desmentida por la evidencia de que había cristianos, incluso sacerdotes, que se llevaban bien con esos judíos y que se mostraron deseosos, en la medida de lo posible, de ayudarles en sus momentos de dificultad. Para Toaff, los gobernantes amistosos hacia los judíos estaban sobre todo interesados en el provecho que podían obtener de los bancos de crédito judíos.

La condición alemana de estos judíos fue, según el relato de Toaff, su perdición. No eran sólo prestamistas sino también mercaderes y artesanos, y algunos participaron en el comercio alemán de sangre seca. Pero la sangre adoptaba muchas formas. La más común era la «sangre de drago», que se deriva de árboles africanos y de las Islas Canarias (aunque, como el nombre sugiere, había a menudo incertidumbre sobre si las especias exóticas eran de origen animal, vegetal o mineral). En las tierras del *blutwurst* [embutido de sangre], se recogía sangre animal, y puede que los judíos fueran una fuente habitual porque los mata-rifes *kosher* extraían tanta sangre como era posible de los cuerpos de los animales en cumplimiento del mandamiento de no ingerir sangre. Pero la farmacopea medieval también incluía ungüentos y pociones hechas de tejidos humanos y sangre en polvo, brebajes de brujas que podían incluir grasa de criminales ejecutados y, más notoriamente, momia egipcia en polvo. Cristianos y judíos comerciaban con tales productos, y se preguntaba a los rabinos si se podían utilizar. La regla general era que incluso un mandamiento tan estricto como el de no ingerir sangre podía ser ignorado cuando se necesitaba llevar a cabo un tratamiento médico vital. Así, no es sorprendente que los testimonios recogidos en Trento en 1475 mencionen el comercio de sangre.

El uso terapéutico de varios tipos de sangre, argumenta Toaff, se combinaba con el uso mágico. Durante las circuncisiones se podrían haber recogido pequeñas cantidades de sangre de la herida que, mezcladas con vino, incluso se consumían. Las mujeres estériles de algunos lugares competían para conseguir y comerse el prepucio. Quizás haya una analogía con la moda actual de consumir placenta. Toaff está ansioso por demostrar que los judíos asquenazíes consumían sangre de forma ocasional. Aun así, hay un trecho enorme entre su uso terapéutico y el asesinato de niños cristianos por su sangre.

Toaff quiere llevar todo este asunto mucho más lejos. La sangre, y no la liberación, era, asegura, el gran tema de la fiesta de Pascua, en especial en la cena al comienzo de la festividad: «un verdadero río de sangre corría durante la Pascua por la mesa del *Seder* y a través de las páginas del *Haggadash*», el pasaje en el que se narra la historia del Éxodo desde Egipto. Aquí el autor explota la controvertida investigación de Israel Yuval, quien ha presentado muchos aspectos de la liturgia judía como una respuesta al reto del cristianismo. Y no hay duda de que algunos elementos del ritual de Pascua, como la invocación «vierte tu ira sobre las naciones...», estaban dirigidas a los perseguidores cristianos. Pero Toaff se deja llevar por su asunto. Todo en el *Seder* de Pascua se ve bañado en sangre: la sangre de

la primera plaga, cuando el río Nilo se tiñe de rojo; la sangre del cordero pascual (incluso si se representa como un hueso carbonizado), el *haroset*, una pasta que se hace para representar el mortero usado por los israelitas cuando eran esclavos en la tierra de Egipto; el vino que vuelve a la vida durante la enumeración de las diez plagas de Egipto, cuando (en una tradición que es alemana) se derrama una gota de vino por cada plaga.

Eran comunidades que habían sufrido matanzas, conversiones forzosas desde que los ejércitos de la Primera Cruzada marcharon a través de Renania en 1096. En aquel momento y posteriormente, los judíos asquenazíes llevaron a sus propios hijos a la muerte para que no se los quitaran y los bautizaran. Con el sacrificio de sus hijos –quienes, pensaban, estarían mejor en el Otro Mundo como judíos, que en éste como cristianos– apelaban a Dios para que viniera en su defensa y vengara su sangre derramada. Los cristianos vieron lo que ocurría y concluyeron que los judíos eran violentos, asesinaban a sus propios hijos y, más fácilmente, podrían matar a los cristianos.

Toaff quiere que creamos que un pequeño grupo de fanáticos llevó tan lejos estas ideas sobre la naturaleza salvífica de la sangre y la necesidad de venganza que conspiraron en secreto para matar niños cristianos, cuyo asesinato era, supuestamente, una representación del de Cristo; que sus líderes tomaron en secreto pequeñas cantidades de sangre en polvo y las mezclaron con la harina especial que se usa para cocer las tres piezas de pan ácimo que se consumen en la comida de Pascua (a pesar de las leyes extremadamente estrictas sobre sus ingredientes, solamente harina y agua); y, lo que es más, que espolvorearon sangre humana en polvo en el vino que vertían (pero no bebían) mientras enumeraban las diez plagas de Egipto. Toaff utiliza las declaraciones obtenidas de testigos sometidos a torturas en 1475 para argumentar su posición. Esta es la clase de pruebas que está usando (extraídas aquí de la reputada obra de Ronald Po-Chia *Trent 1475*, de 1992): «Se le preguntó si vio al niño asesinado. Joaff: ‘En la zanja’. Podestà: ‘Piénsalo otra vez’. Joaff: ‘En la antecámara de la sinagoga’». Esto ocurría bajo la amenaza de tortura. Después, durante la tortura: «‘Bajadme, porque diré la verdad’. Se le bajó y se le preguntó dónde vio al niño en la sinagoga. Dijo: ‘Sobre un banco’». Según la mayoría de estos testigos, el niño fue asesinado en la antecámara de la sinagoga, y después fue colocado en el púlpito, delante del arca que contiene los rollos de la Ley (desobedeciendo así las normas relativas a la pureza ritual). Se suponía que los judíos de Trento habían chillado sobre el cuerpo de Simón: «Ve y diles a Jesús, tu Dios, y a María, que te ayuden, reza para que te liberen y te lleven de nuestras manos». Aunque uno esperaría que el drenaje de sangre fuera un asunto bastante sucio, no se proporcionó ninguna prueba forense de la sinagoga. Después de todo el *Bas-kerville* de Umberto Eco había muerto hacía tiempo y Sherlock Holmes aún no había nacido.

El manejo de las pruebas que hace Ariel Toaff es profundamente defectuoso. Toma al pie de la letra declaraciones arrancadas bajo tortura, y asume que cuadran con las disparas «pruebas» provenientes de fuentes judías. Las pruebas de que los judíos cometieron actos de violencia contra ellos mismos o contra cristianos, el comercio de sangre, los rituales de la circuncisión, el sacrificio de Isaac por parte de Abraham, las imágenes de la masacre de los inocentes ordenada por el faraón, las parodias del cristianismo en los inicios de la Edad Media, las escandalosas celebraciones de la victoria de Esther sobre Amón en la fiesta de Purim, están todas entretrejidas vagamente. Al mismo tiempo, apenas aborda material cristiano altamente relevante, en particular la escalada de acusaciones sobre sacrilegios

cometidos con la hostia y las campañas de los frailes contra los judíos. Es ahí donde podemos identificar las razones de las reiteradas acusaciones de asesinatos rituales, donde podemos ver en acto la noción de que los judíos vuelven a crucificar constantemente a Cristo de innumerables formas, entre las que ésta es la más horrible. Se tomaba como prueba de que todos los judíos, antiguos o contemporáneos, eran en realidad asesinos de Cristo.

El más grande misterio sobre *Pasque di sangue* es lo que Toaff intenta decir sobre las acusaciones de asesinatos rituales antes de 1475. Nos retrotrae a la primera acusación clara de crucifixión de un niño en Norwich en 1144. Lo que resulta desconcertante es cómo en ese y en otros momentos cuenta estas historias en el tiempo verbal de pasado de indicativo, sin las reservas habituales que uno esperaría de un historiador que escribe en italiano: un uso amplio del modo condicional, un buen rociado de subjuntivos, algunos signos de escepticismo. Aparecían niños muertos en las ciudades medievales y se acusaba con el dedo a los que se consideraban foráneos. Los judíos se mostraban aterrorizados por las acusaciones de asesinato de niños y eran perfectamente conscientes de que cualquier rumor de violencia contra los cristianos podría conllevar la destrucción de toda su comunidad. Y no sólo se acusaba a los judíos del asesinato de niños: los herejes y las brujas que hacían pan con las cenizas de niños sacrificados eran figuras asimismo familiares. Así que tenemos que concluir que Toaff percibe las acusaciones cristianas como si de alguna forma fueran la fuente de las prácticas judías, siguiendo la siguiente secuencia: los judíos eran acusados de hacer esto; algunos judíos empezaban a creer que lo hacían; algunos judíos lo hacían. Y, aun así, otras veces asegura claramente que tales ideas surgieron dentro de la comunidad judía, y que tenían vida propia. Mientras tanto, el significado de la sangre en la cultura cristiana, y en particular el significado del sacrificio en la Eucaristía, se ignora ampliamente como una explicación de las fantasías, porque eran, con respecto a los rituales de Pascua, fantasías en las que el pan ácimo y la sangre se convertían en negaciones explícitas del cuerpo y la sangre de Cristo.

El libelo de sangre ha jugado un papel especialmente vil en la historia del antisemitismo. Acusaciones similares reaparecieron en Damasco en 1840, y un siglo más tarde en la Alemania de Hitler. La persistencia del libelo de sangre hace aún más importante que se examine de forma responsable y no crédulamente. El libro de Ariel Toaff ha causado protestas del todo previsibles en Italia, y sus editores boloñeses han retirado los ejemplares de *Pasque di sangue*, aunque han prometido una nueva edición. Ahora bien, un historiador al que le resulta tan difícil distinguir la verdad de la ficción, debería recibir el consejo de dejar la pluma ■

Recibimiento al presidente Ahmadineyad en la Universidad de Teherán, en diciembre de 2006 (AFP)

